

el furioso huracán,

en la verde ribera

del dulce Portugal...

Como en nuevo Calvario

—dolor y majestad

de realeza vencida—

lloran María y Juan,

junto al mozo que duerme

sueño de eternidad...

Se quedaron sin hijo

y sin luz el hogar

y España sin Infante

y marzo sin afán

y el mundo sin sonrisa

y sin novio la mar...

Cien reyes de su stirpe,

sobre la claridad

de las estrellas, forman

el cortejo triunfal...

Tierra española y flores

de España, cubren ya

su cuerpo, en el regazo

del verde Portugal,

y en los cielos azules,

los ecos de un cantar

evangélico, anuncian

la aurora de su paz...

¡Infantito de España,

relicario y fanal

de una sangre gloriosa,

de una Historia sin par!

¡Ay, de tus años mozos!

¡Ay, del limpio cristal

de tu risa! ¡Ay, del brillo

de tu claro mirar!

Se llamaba Borbón,

Battemberg y Orleans;

era su nombre Alfonso,

viejo nombre Real...

Quince rosas tronchadas

por el fiero huracán,

nos cantan su recuerdo

a la orilla del mar...

«ECCE ANCILLA DÓMINI»

DULCE ES TU NOMBRE, MARÍA

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

¡Cuántas veces después dulcemente llamé con empeño,
despertando la idea de Dios en el hijo pequeño!

Sus chiquitas y cálidas manos junté con ternura

y una ingenua oración de sus labios brotó lenta y pura.

Y le hablé con amor de aquel Niño nacido entre hielos

que además de ser niño como él ¡era el Rey de los Cielos!

¡Niño y Dios! ¡Oh portento de amor hacia el hombre perdido!
por salvarle, a sufrir con el hombre su Dios ha venido.

Y este Dios tan chiquito, entre pajas ¡qué frío sentía!

mas le daba calor en su pecho la Virgen María.

¡Con qué unción, oh Señora, pronuncia mi lengua tu nombre!

¡A la par que eres Madre de Dios eres Madre del hombre!

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

¡Cuán ajeno estará de las penas que acechan su suerte!

No conoce del mundo los males ni ha visto a la muerte.

Nada sabe de injustas palabras; del pérfido amigo;

del dolor que la odiosa calumnia trae siempre consigo.

Al correr de los años fugaces sabrá que en la tierra

hay un mal de los males que todos llamamos ¡la guerra!

Pero tú eres la paz madre mía y a ti le confío.

Eres faro en la noche cerrada que orienta al navío,
la palmera que grácil ofrece sombra en el desierto,
suave mano que riega materna la flor de mi huerto.

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

Si cerramos los ojos, cegados por tu refulgencia,
como un ascua aparece de súbito en nuestra conciencia:
Sol ardiente que inflamas el alma de amores divinos,
blanca estrella que alumbras piadosa los negros caminos.

De Jesús las hermosas palabras de amor y armonía
olvidaron tan pronto los hombres ¡oh Virgen María!

El amor ¡dulce amor que Jesús predicó con su muerte!

¿Por qué el hombre infeliz ¡ay dolor! olvidó de tal suerte?

¡Sólo Tú, sólo Tú, la escogida del Rey de los Cielos,
ofreciste a Jesús con ternura mil dulces consuelos!

Como Madre del género humano, también lo eres mía
y del hijo que aprende en mis brazos tu nombre ¡María!

¡Dulce nombre que hoy dicen sus labios con tanta inocencia,
cuántas veces habrá de invocarlo pidiendo clemencia!

Si algún día le falto en la tierra que mire hacia el cielo
y al nombrarte como hoy, Madre mía, sé Tú su consuelo.

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

Suave aldaba es tu nombre, María, con ella a su puerta
he llamado quedito, quedito... ¡la tienes abierta!

ELADIA MONTESINO

HOMENAJE

que la Revista ALCANTARA rinde a la
memoria de nuestros ilustres conterráneos,

D. Luis Grande Baudesson y D. Diego María

Crehuet del Amo.



Año de 1956